

## CAPITULO XXVII.

- « Mas de cuatro ricotes hacendados  
 » Darian la mitad de su efectivo  
 » Por saber mendigar con tanta gracia  
 » Por ese nuevo y bien estraño estilo. »

( LA MATA DEL MENDIGO. )

LEVANTÓSE el viejo Edie al primer canto de la alondra, y su primer cuidado fué preguntar por Steenie y por la cartera. El jóven pescador se habia visto obligado á partir con su padre ántes de amanecer para aprovechar la marea; pero habia ofrecido que luego de su vuelta llevaria á Ringan Aikwood la cartera, que envolvió con mucho cuidado en un pedazo de lienzo de vela, para rogarle que la pusiese en manos del propietario, es decir de Dousterswivel.

La dueña de la casa, despues de haber preparado el desayuno de su familia, tomó precipitadamente el camino de Fairport con un cesto de pescado á las espaldas; los chiquillos jugaban juntos enfrente de la puerta, el dia era hermoso y sereno. La vieja Elspeth, sentada segun su costumbre en la poltrona de mimbre, junto á la chimenea, habia cogido

el huso empezando su eterna tarea, sin distraerse de su ocupacion ni por los gritos de los niños, ni por los de la madre que habian precedido la dispersion de la familia. Edie acababa de arreglar su alforja para continuar sus correrías, pero ántes quiso despedirse de la abuela.

— Vengo á dar á vm. los buenos dias, abuelita, acompañados de muchos otros. Volveré al empezarse la cosecha, y espero encontrar á vm. en cabal y perfecta salud.

— Lo que yo deseo y ruego á Dios, es que me encuentre vm. tranquila en la tumba, respondió Elspeth con voz hueca y sepulcral, sin notarse la menor agitacion en sus facciones.

— Es vm. vieja, Elspeth, pero yo no lo soy mucho menos; debemos someternos resignadamente á la voluntad de aquel que no nos olvidará cuando llegue la hora.

— Y que no olvidará tampoco nuestras acciones: el alma es responsable de lo que hace el cuerpo.

— He aquí una verdad amarga que deberia servirme de leccion á mí que he llevado una vida vagamunda y desordenada; pero vm. ha sido siempre una muger prudente, y aunque todos seamos frágiles en este mundo, la carga de vm. no puede ser muy pesada.

— Acaso no tanto como hubiera podido



serlo, pero mucho mas de lo que se necesitaria para echar á pique el mas bello bergantin que haya dado vela de Fairport. Pero á propósito, ¿no dijo ayer alguno (á lo menos yo lo tengo en la cabeza, bien que la cabeza de los viejos es tan débil) que Joscelinda, condesa de Glenallan, habia muerto?

— Es cierto, Elspeth; la enterraron á noche en San Ruth, á la luz de las hachas; y yo ¡necio de mí! he tenido miedo de la cabalgada.

— Es estilo de la familia, desde que el gran conde fué muerto en Harlaw. Lo hacen sin duda por orgullo, para hacer ver que no deben ellos morir ni ser enterrados como los demas. La muger no gime ni se lamenta por la muerte del marido, ni la hermana por la del hermano. ¿Pero ya es bien cierto que la condesa haya ido á dar ante el tribunal de Dios la terrible cuenta de sus acciones?

— Tan cierto como irémos nosotros á dar la nuestra algun dia.

— Pues bien, suceda lo que quiera, yo descargaré mi conciencia.

Elspeth pronunció estas palabras con una vivacidad que no acostumbraba; y haciendo un gesto con la mano como si quisiese arrojar algun objeto lejos de sí, levantóse, enderezó su alto cuerpo, poco ántes encorvado por la edad y las enfermedades que la acom-

pañan, y se presentó al mendigo como una momia á quien se hubiera dado momentáneamente una existencia miraculosa. Circulaban sus ojos por el cuarto como si olvidara y recordara alternativamente el motivo por que habia metido, en una gran faltriquera que llevaba, su seca y arrugada mano, y cual era el objeto que buscaba. Sacó por fin una cajita, y habiendola abierto, tomó una sortija adornada con una trencilla de cabellos de dos colores, negros y castaños claros, rodeada de ricos brillantes.

— Buen hombre, dijo entónces á Ochiltrie, si deseais obtener clemencia del cielo, es preciso que vayais por mí al castillo de Glenallan, y que pidais hablar con el conde.

— ¡Con el conde de Glenallan, Elspeth! ¡oh! si no quiere ver á los mismos nobles del pais, ¿como es posible que consienta en recibir á un pobre mendigo como yo?

— Haced lo que os encargo, y decidle que Elspeth de Craighburnsfoot (por este nombre me conocerá mejor) necesita verle ántes de llegar al fin de su peregrinacion, y que le envia este anillo para indicarle el asunto de que quiere hablarle.

Ochiltrie consideró por algunos instantes el anillo con suma admiracion, y volvió á colocarlo en la cajita, que metió en su faltriquera



después de haberla envuelto en un pañuelo viejo todo roto.

— Pues bien, buena muger, le dijo, desempeñaré la comision de vm., ó á lo menos no se perderá por mí. Ciertamente esta será la primera vez en que tan rica prenda haya sido enviada á un conde de parte de la viuda de un pescador, por conducto de un viejo mendigo de la alforja.

Después de haber hecho esta observacion, tomó Edie su baston herrado, metióse hasta los ojos su sombrero, y partió para desempeñar su comision. La vieja Elspeth permaneció algun tiempo de pié, inmóvil como una estatua, fijos los ojos en la puerta por donde su embajador acababa de salir. Aquella especie de calor y vivacidad que esta conversacion habia impreso en sus facciones se disipó al momento; dejóse caer otra vez en su poltrona, cogió la rueca y el huso, y puso á trabajar con su apatía acostumbrada.

Ochiltrie entretanto continuaba su camino. Tenia que hacer diez millas para llegar al castillo de Glenallan, y solo al cabo de cuatro horas pudo acercarse al término de su viage. Con la doble dosis de curiosidad que le infundian naturalmente una vida ociosa y su genio ardiente y emprendedor, puso en prensa su imaginacion durante el camino para adi-

vinar cual podia ser el objeto del misterioso mensaje de que se habia encargado, y que relacion podia tener el rico, el soberbio, el poderoso conde de Glenallan con las faltas y el arrepentimiento de una vieja cuya clase en el mundo no era muy superior á la de su mensajero. Procuró acordarse de todo lo que habia oido decir de la familia de Glenallan; pero los mayores esfuerzos de su memoria no le pusieron en estado de formar una conjetura en esta parte.

Sabia que la condesa que acababa de morir habia heredado los cuantiosos bienes de aquella antigua y poderosa familia, y con ellos de un modo extraordinario el carácter altivo, indómito y severo que habia siempre distinguido la casa de Glenallan desde que figuraba en los anales de la Escocia. La condesa, como todos sus antepasados, profesaba la religion católica romana. Habíase casado con un caballero inglés de la misma religion, sumamente rico; pero le perdió al cabo de dos años, y tuvo por consiguiente la administracion de la inmensa fortuna de sus dos hijos. El mayor, lord Gerardo, que debia heredar el título de conde de Glenallan y todos los bienes de su madre, dependia enteramente de ella mientras existiese: el menor tomó el nombre y las armas de su padre, y entró en posesion de cuanto á



este pertenecía luego que fué mayor de edad, todo con arreglo á lo prevenido en los capítulos matrimoniales de sus padres. Con este motivo fijó su residencia en Inglaterra, haciendo á su madre y hermano visitas tan cortas como poco frecuentes; y aun, despues de haber abrazado la religion reformada, no salió mas de su domicilio.

Pero ántes de hacer este terrible insulto á la orgullosa condesa de Glenallan, ya la morada de su castillo ofrecia pocos atractivos á un jóven vivo y disoluto como Eduardo Gerardo Neville, al paso que aquella sombría soledad no pudiera ser mas á propósito para su hermano mayor, cuyo genio melancólico le inclinaba mas á la vida retirada. Este, en los primeros años de su juventud, habia ofrecido las mas lisonjeras esperanzas: cuantos le conocieron durante su viage en el continente hacian de él grandes elogios, teniendole por un jóven perfecto, con las mejores disposiciones para distinguirse en cualquiera carrera que quisiese emprender. Pero la mas brillante aurora no es seguida siempre de un hermoso día. Lord Gerardo regresó á Escocia, y despues de haber pasado un año con su madre en el castillo de Glenallan, empezó á volverse como esta, triste, adusto y melancólico. Escluido de los empleos públicos á causa de su reli-

gion, y no siendo aficionado á crearse ninguna otra especie de ocupacion ni de divertimento, pasaba sus días en el mas absoluto retiro. No trataba mas que algunos eclesiásticos católicos que iban de cuando en cuando al castillo, y recibia dos ó tres veces al año con mucha ostentacion á un par de familias, tambien católicas, apostólicas y romanas, pues la puerta de su casa estaba enteramente cerrada para sus vecinos los hereges. Los mismos católicos, despues de haber sido recibidos con toda pompa y magnificencia, regresaban á sus casas tan sorprendidos de la soberbia de la condesa, como de la profunda afliccion en que parecia estar sumergido su hijo. La muerte de su madre acababa de ponerle en posesion de su título y de su fortuna, y muchos se imaginaban ya que la independencía despertaria en él la jovialidad y la alegría; pero los que conocian mas á fondo el interior de la casa pretendian que la salud del conde se habia desmejorado con prácticas y austeridades religiosas, y que segun todas las apariencias no dejaria de seguir muy pronto á su madre en el sepulcro. Esta desgracia parecia tanto mas probable, quanto su hermano menor habia muerto de una enfermedad de consuncion, que en los últimos años de su vida se apoderó de su cuerpo y de su espíritu. Los ge-



nealogistas consultaban ya sus archivos para indagar cual debía ser el heredero de una familia próxima á extinguirse; y los letrados, frotandose las palmas de las manos, hablaban con viva satisfaccion del trabajo y del luero que iban á proporcionarles los diversos aspirantes á la herencia de Glenallan.

Cuando Edie descubrió la fachada del castillo, antiguo edificio, cuya parte mas moderna habia sido construida con arreglo al diseño del célebre Iñigo Jones (1), empezó á discurrir los medios de lograr mas fácilmente la introduccion y el mejor desempeño del mensaje que para el conde llevaba. Despues del mas detenido examen y madura reflexion, resolvió enviarle el anillo por uno de sus criados. Entró por consiguiente en una tienda, y se procuró allí los medios de envolver la cajita en un pliego de papel que selló, escribiendo él mismo el sobre con mala ortografía: *Para su Exselencia el conde de Glenlan*. Pero teniendo bastante experiencia para no ignorar que los pliegos que se dejan en las puertas de las casas de los grandes por gente de su clase no llegan siempre á las manos de la persona á quien van dirigidos, decidióse, á fuer de buen

(1) Vivía reinando Jacobo II; murió en 1652.

soldado, á hacer un reconocimiento ántes de proceder al ataque.

Al acercarse á la puerta, un número estrordinario de pobres alineados delante de la habitacion del portero, de los cuales unos eran indigentes domiciliados en las inmediaciones, y otros mendigos ambulantes como él mismo, le dió á conocer que iba á hacerse una distribucion general de limosnas.

— Las buenas acciones, pensó Ochiltrie, no quedan nunca sin recompensa. Es posible que yo reciba aquí una buena limosna, que no hubiera logrado sin encargarme de la comision de la vieja Elspeth.

Tomó pues lugar en las filas de aquel andrajoso regimiento, acercandose á la vanguardia tanto como pudo, distincion que creyó debida á su edad como á su capa azul y chapa de estaño; pero pronto supo por esperiencia que el derecho de prioridad se arreglaba allí por otros principios.

— ¿Sois acaso de los de triple racion, camarada, para avanzar con tanta osadía? dijole uno de sus cofrades; no lo creo, á fé mia, porque no se concede esta chapa á los católicos.

— Cierto, no soy romano, respondió Edie.

— Pues bien, colocaos allá entre las dobles ó simples raciones, es decir entre los episcopales ó los presbiterianos. ¡Que vergüenza



ver á un herege con una larga barba cana que haria honor á un ermitaño!

Repelido asi por los mendigos católicos, ó á lo menos por los que pasaban por tales, Ochiltrie fué á colocarse entre los pobres de la iglesia anglicana, á quienes el noble bienhechor concedia doble racion de limosna. Pero jamas un indigente no-conformista fué peor recibido en un sínodo de episcopales, aun en los tiempos en que sus divisiones estaban en el mayor grado de exasperacion, cuando ocupaba el trono la buena reina Ana.

— Vedle allá con su chapa, decian; á cada cumpleaños del rey, va á oír el sermón de un predicador presbiteriano, ¡y quisiera ahora pasar por un miembro de la iglesia episcopal! no, no, que se vaya, que se vaya.

Rechazado de esta suerte por Roma y por el episcopado, pudo Edie refugiarse por fin en el grupo poco numeroso de mendigos presbiterianos á quienes su conciencia no habia permitido disfrazar sus opiniones religiosas para obtener un doble ó un triple derecho á la caridad del señor del castillo, ó que sabian que les era imposible recurrir á este ardíd sin estar ciertos de verle descubierto.

Observóse la misma gradacion en el modo de distribuir las limosnas, que consistian en pan, carne y dinero. El limosnero, religioso

de grave y severa facha, presidia las operaciones cuando se daba el socorro á los católicos. Al entregarles su triple porcion, hacia una ó dos preguntas á cada uno de ellos, y recomendaba á sus oraciones el alma de la difunta Joscelinda, condesa de Glenallan, madre de su bienhechor. El portero, llevando en la mano un alto baston con puño de plata, y vestido de luto como todo el resto de la servidumbre de la casa, tenia la inspeccion de los episcopales; los presbiterianos fuéron abandonados al cuidado de un criado viejo.

Como este discutia algun punto sobre el cual no estaba muy de acuerdo con el portero, su nombre, pronunciado por casualidad, llamó la atencion de Ochiltrie. Miróle mas detenidamente, y sus facciones suscitaron en él un recuerdo de los tiempos antiguos. Los demas pobres se habian ya puesto en marcha para retirarse, y el criado viejo, viendo que Edie no se meneaba de su lugar, gritó con el acento muy cargado del condado de Aberdeen: — ¿Que espera ese viejo loco? ¿Por que no se va, puesto que ya ha recibido la limosna en dinero y su racion de carne?

— Francis Macraw, dijo Ochiltrie, ¿no te acuerdas ya de Fontenoi? ¿has olvidado lo de *avanzar, batallon en cuadro, etc.*?

— ¡Oh, oh! exclamó Macraw reconociendo



dole á su vez, nadie puede hablarme así sino mi antiguo cabo de fila Edie Ochiltrie. Mucho siento verte en tan miserable estado, camarada.

— No tan miserable como te imaginas, respondió Edie; pero no quisiera irme sin haber hablado un momento contigo, pues no sé cuando volveré, atendido que los protestantes no son aquí muy bien recibidos; y este es el motivo por que no habia venido hasta ahora.

— Pues bien, contestó Macraw, ven conmigo, y te daré alguna cosa mejor que ese hueso de buey.

Y habiendo hablado cuatro palabras al oído del portero, para asegurarse probablemente de su conivencia, aguardó que el limosnero con paso lento y solemne hubiese entrado en el castillo, é introdujo entónces á su antiguo compañero de armas en un patio interior, cuya puerta estaba adornada con diferentes emblemas del orgullo y de la nada del hombre. Distinguianse en el centro del fróntis las armas de la familia de Glenallan, rodeadas de las de todas las casas ilustres que habian emparentado con ella, todas estrañamente entremezcladas con guadañas, relojes de arena, y varios huesos, trofeos de la parca que iguala y nivela las diversas clases y condiciones de los hombres. Habiendole hecho pasar lo mas prontamente posible á otro patio grande em-

pedrado, guióle Macraw por una puerta lateral á una pieza situada cerca de la antecámara, destinada esclusivamente para él, por estar encargado del servicio personal del conde de Glenallan. Procurarse viandas frias, escelente cerveza, y hasta un vaso de buen aguardiente, no fué cosa difícil para un personage de su importancia, á quien el convencimiento de su dignidad no habia hecho olvidar aquella prudencia escocesa que le recomendaba vivir en buena armonía con el despensero. Nuestro diputado mendigo comió espléndidamente con su antiguo camarada; hablaron de rancias historias, y solo cuando empezaban á faltarles objetos de conversacion, acordóse Edie de su embajada.

— Tengo que presentar un memorial al conde, dijo á su amigo, pues no juzgó á propósito hablarle del anillo, no sabiendo, segun se esplicó despues, hasta que punto podian haber sido corrompidas las costumbres de un simple soldado por un largo servicio en una casa principal.

— El conde no recibe memoriales, respondió Macraw; pero puedo entregarlo al limosnero.

— El memorial habla de un secreto, y acaso al conde no le gustará que trascienda á otra persona.



— Por esta misma razon el limosnero querrá ser el primero en enterarse.

— Pero yo he hecho este viage para tener el gusto de presentarlo, Francis; y es preciso absolutamente que me favorezcas en esto.

— Pues bien, lo haré, camarada, lo haré; y que el limosnero se enfade cuanto quiera contra mí. ¿Que puede resultar? ¿que me despidan? asi como asi, ya estaba determinado á pedir mi licencia para ir á acabar tranquilamente mis dias en Inverrary.

Despues de haber tomado la magnánima resolucion de servir á un amigo, pues no podia resultarle de ello ningun accidente desagradable, salió Macraw del aposento, llevando consigo el pliego que le entregó Ochiltrie. Pasóse algun tiempo ántes de que volviese, y á su regreso se viéron pintadas en su rostro la sorpresa y la agitacion.

— No estoy bien seguro, dijo, que seas tú Edie Ochiltrie, de la compañía de Carrick, del regimiento 42. Casi estoy por creer que veo al mismo diablo en figura tuya.

— ¿Y por que me hablas asi? le preguntó el mendigo no menos admirado que él.

— Porque no puedo ponderarte la sorpresa y la amargura en que acabas de sumergir á milord. Quiere verte absolutamente; no me ha costado gran trabajo lograr una audiencia

para tí. Durante algunos minutos ha estado como fuera de sí, yo he llegado á creer que perderia el juicio. Por fin, cuando ha recobrado un poco la serenidad, me ha preguntado quien habia traído el pliego; ¿y que crees que he respondido yo?

— Un soldado viejo. Esto es lo mejor que se puede decir á la puerta de un gran señor. Si se tratase de un arrendador ó de otra persona de mas baja cuna, valiera mas hacerme pasar por calderero, porque acaso á su parienta se le ofreceria remendar algo de la batería de cocina.

— Pero yo nada de esto he dicho, porque á milord tanto se le da lo uno como lo otro; no es aquí donde le aprieta el zapato. Le he respondido que el pliego me habia sido entregado por un viejo con una venerable barba blanca, que tenia todas las trazas de fraile capuchino, aunque iba vestido á corta diferencia como un peregrino. Por fin milord llamará cuando haya recobrado bastantes fuerzas para verte facha á facha.

— Quisiera haber terminado ya este negocio y hallarme fuera del castillo, pensó el mendigo haciendo cierto movimiento de hombros que se notó á pesar de la capa que los cubria: mucha gente opina que el conde no está enteramente sano de juicio. ¿Quien sabe si se



enfadará conmigo, si llega á presumir que quiero pasar por lo que no soy?

Pero ya la retirada era imposible. Sonó una campanilla, y Macraw dijo á media voz, como si ya le impusiese respeto la presencia de su amo: — Es milord el que llama; sigueme, Edie, con prudencia y sin ruido.

Eddie siguió á su conductor, que parecia andar con tanta precaucion como si temiese ser descubierto. Atravesaron un largo corredor, y subieron en seguida por una escalera escusada que los condujo á la habitacion del conde. Esta contenia varios aposentos muy vastos, amoblados con la magnificencia y esplendor correspondientes á la clase y antigüedad de la familia de Glenallan; pero todos los muebles indicaban el gusto de una época bien lejana, y habia motivo para que uno se creyera en el castillo de un baron escocés ántes de la reunion de las dos coronas. Ya fuese por orgullo de familia, ó para manifestar un total desprecio del tiempo en que vivia, la condesa que acababa de fallecer no habia nunca permitido que se reemplazase ninguno de aquellos muebles antiguos con otros mas modernos. Lo que formaba el mejor adorno de aquellas espaciosas salas era una preciosa coleccion de cuadros de los mas célebres profesores; pero se veia bien patente en la eleccion

el gusto de la familia. A escepcion de algunos retratos por Van-Dick y otros pintores de mérito, casi no se veia, en lugar de paisages y cuadros históricos, mas que pasos sacados de la Vida de los santos, y la representacion de los suplicios de los mártires por el Dominiquin, Velazquez y Murillo: tales pinturas, casi siempre extravagantes y algunas veces asquerosas, difundian todavia un aspecto mas lúgubre á los aposentos que adornaban. El mismo viejo mendigo no pudo menos de notar esta circunstancia, é iba á desplegar los labios para hablar de ello á su conductor, cuando este le hizo un gesto para encargarle el silencio.

Abriendo una puerta á uno de los extremos de la galería, Macraw introdujo á Ochiltrie en una pequeña antecámara toda enlutada. Allí encontraron al limosnero, con el oido aplicado á una puerta que habia enfrente de aquella por donde acababan de entrar, en la actitud de un hombre curioso que teme ser descubierto.

El criado y el religioso se estremecieron recíprocamente al verse; pero el limosnero recobró primero que el otro su presencia de ánimo, y avanzando ácia Macraw le preguntó con voz baja, pero con tono de autoridad, como se habia atrevido á entrar en la antecámara del conde, sin llamar ántes. — ¿ Quien



es ese extranjero? añadió: ¿que viene á hacer aquí? Retiraos al instante, y aguardadme en la galería.

— Me es imposible complacer á V. R. en este momento; milord acaba de llamarme, respondió Macraw levantando la voz de modo que pudiesen oírle desde el aposento inmediato, convencido de que el fraile no se atrevería á insistir, con solo el rezelo de que el conde pudiese enterarse de lo que pasaba.

En este instante sonó por segunda vez la campanilla, y, por el ruido que hizo, pudo adivinarse que se habia tirado el cordon con un movimiento de impaciencia. El limosnero, juzgando ya que era inútil reclamar la obediencia, salió de la antecámara levantando la mano ácia Macraw en ademan de amenaza.

— ¿Que tal? ¿no te lo dije yo? añadió el criado al mendigo; y al mismo tiempo abrió la puerta junto á la cual encontraron al religioso.



## CAPITULO XXVIII.

- « Este anillo que contiene
- » Una fuerza superior
- » Me recuerda mil escenas
- » Que oprimen mi corazon;
- » Escenas de horror y luto
- » Como de placer y amor. »

( EL FATAL MATRIMONIO. )

TODAS las antiguas etiquetas que exigia el riguroso luto se observaban escrupulosamente en el castillo de Glenallan, á pesar de la dureza de corazon con que los individuos de esta familia, segun la voz pública, negaban á sus parientes, despues de su muerte, el tributo ordinario de lágrimas y suspiros. Notóse que cuando la condesa recibió la carta fatal que le participaba la muerte de su hijo menor, del hijo que mas amaba, como se habia creído por espacio de mucho tiempo, su mano no le llegó á temblar, y sus ojos no diéron muestras de la menor alteracion, como si se hubiese tratado de otros objetos triviales é indiferentes. Solo Dios puede saber si el esfuerzo que debió hacer sobre sí misma para sacrificar á su orgullo toda demostracion del